

La breve, aunque notable vida de Petia, mantuvo ocupado al poblado Niva-III durante unas cuatro jornadas. Ya para el día del entierro, la noticia había dejado de serlo y había perdido todo interés, toda vez que no había en ella enigma alguno. Mucho más atractiva resultaba entonces la muerte, sucedida inmediatamente después, del coronel Boguslavski, quien aparecerá pronto en las páginas de este relato avanzando por el Bulevar Kírov, vestido con su guerrera y unas pantuflas domésticas y empuñando una pistola Tókarev, exactamente a la una y media de la tarde del día 26 de marzo. La de Petia, por su parte, fue noticia que corrió de boca en boca por todo Niva-III, a tres kilómetros de Kandalakshá, sorteando las barracas y los edificios de madera y tres plantas que servían de alojamiento a los ingenieros y el personal técnico, y se desparramó desde allí hasta alcanzar la guarnición, donde Petia cedió el rol de héroe de la historia a Cheriomichni, un pobre soldado sin ningún rasgo que lo distinguiera y, de hecho, algo escrofuloso. Según el capitán Topólnik, comandante de la compañía, el tal Cheriomichni no era alguien plenamente apto para el servicio en el ejército, circunstancia avalada por el hecho de que en los tres años de servicio aún no había conseguido llenar con un ápice de dignidad castrense el uniforme que le había confiado la Patria. La camiseta, los pantalones y el paletó le sentaban con la desmadejada apariencia

propia de las ropas que abrigan a alguien que acabara de recibir el alta de un hospital, cuyo régimen lo hubiera agotado hasta hacerlo irreconocible. Lo que más sorprendía a todos era cómo Cheriomichni, que durante los ejercicios militares había mostrado siempre una pertinaz incapacidad para impactar en una de esas dianas que reproducen una silueta humana de cintura para arriba, ni disparándoles cuerpo en tierra, ni rodilla en tierra, ni mucho menos de pie, había podido acertar en pleno pecho de Petia con la primera y única ráfaga que le dirigió, por mucho que los disparos se hubieran producido a corta distancia. Los sucesos que acababan en muertes por las que nadie tiene que responder no suelen tener larga vida en los predios de las guarniciones. La historia de la vida de Petia y, sobre todo, la de su, dígase lo que se diga, peculiar muerte, se expandió por toda la guarnición que separaba el poblado de Niva-III y la ciudad de Kandalakshá saltando de ciudad en ciudad, y apenas una semana más tarde ya era la comidilla de los habitantes de todo el sur de Kandalakshá, convertida en un galimatías en el que se confundían fechas y hechos que nada tenían que ver con Petia, y, ahogada ya por los sordos rumores del mar, llegó nada más y nada menos que hasta Luvenga, donde un lamento de Anastasia Pávlovna Lópintseva dicho en un suspiro—«¡Dios sabe lo mal que están las cosas por allá!»—vino a resumir, a la vez que a poner punto final a la huella terrenal dejada por la vida y la muerte de Petia. Bastante más tiempo, un mes y medio, se recordó aún a Petia en las estaciones de tren de Ruchya y Prolivy, ambas en los Ferrocarriles Kírov, a lo largo de la línea que baja desde Kalandakshá.

Precisamente desde Ruchya venía a Kalandakshá—más

precisamente a Niva-III, ubicado a tres kilómetros de aquélla—Valentina Répischeva, mujer malencarada y correosa, a la vez que joven y fornida madre de tres hijos, para limpiar las casas de los ingenieros. Por lo general, Répischeva traía consigo todo lo que podía, arándanos y camemoros maceados, por ejemplo, y de vuelta se llevaba alimentos, ropa vieja y noticias que insuflaban algo de vida a los corrillos de las estaciones de Ruchya y Prolivy, que convivían, por cierto, en muy estrecha vecindad.

Si alguna vez se les ocurriera a los historiadores, cansados ya del estruendo de las victorias y los desfiles militares, de las ciudades quemadas, los asaltos y asedios, dedicar sus ratos de ocio a contar la vida de Petia, se les podría recomendar efusivamente que tomen los relatos de Valentina Répischeva como la más fiable y objetiva de las fuentes. Répischeva, quien conoció a Petia personalmente, escuchó el relato de la muerte y el funeral de Petia de labios de las señoras a las que servía. Tras acabar sus labores en las casas que limpiaba, lavada ya la ropa y brillantes los suelos, las señoras solían darle de comer y, puesto que los suyos eran oídos frescos, le servían con gusto las noticias más succulentas. «¿Cuánto hace que no vienes por aquí, Válechka? ¿Dos semanas? Pues, si supieras por lo que hemos tenido que pasar... ¡Un horror!». Y Valentina, agotada por las faenas, que aquel invierno cargaba además con el peso de sus pechos rebosantes de leche, se horrorizaba de pronto, pero escuchaba el relato con descuido, entretenida en calcular el tiempo que le llevaría llegar a la estación, a qué tiendas tendría oportunidad de acercarse, y mientras enjugaba alguna lágrima que no dejaba de brotar, se arreglaba, con el mismo ademán, algún mechón de su rojiza y rala cabellera, que ella

peinaba rápidamente al final de la jornada, sin lograr que dejara de desparramarse sobre su rostro a cada momento. Valentina recordaba cómo, en dos o tres ocasiones, Petia había obligado a parar a vehículos que iban de Niva-III a Kandalakshá y encomendado a sus conductores que acercaran a la estación del tren a la pobre mujer, doblada bajo el peso de enormes fardos. Si Valentina no prestaba demasiada atención a los relatos acerca de la muerte de Petia no era en absoluto porque fuera dura de corazón o porque hubiera olvidado los favores de Petia o supiera que, evidentemente, éste ya no volvería a prestárselos. Simplemente, Valentina, a diferencia de las señoras del poblado, no podía darse el lujo de entregarse al dolor: más bien le interesaba adivinar sin tardanza qué le darían de entre las cosas que le habían prometido para sus hijos, porque siempre le prometían algo más que lo que en realidad le daban: «No sé dónde lo habré metido, Valiusha. Ya lo encontraré y te lo tendré todo preparado para la próxima vez que vengas...», acababan diciéndole. Además, tenía que decidir si iba a cargar con todo lo que le dieran de camino a la tienda y desde allí a la estación del tren o si, por el contrario, lo dejaba y regresaba a buscarlo después de hacer las compras y desde allí, cargada con todo, se iba directamente a buscar el tren. En los seis apartamentos que Valentina había tomado bajo su afanosa protección le contaron la muerte de Petia. Lo curioso es que todos los relatos coincidían hasta en sus más pequeños detalles, lo que es testimonio de la veracidad de los mismos y de que ni una sola de las relatoras tenía el menor interés en adornar la vida y la muerte de Petia, ni en difuminar los trazos de éstas, lo que evidenciaba cuán beneficiosa había sido para ellas la influencia de la mejor litera-

tura de principios de la década de los cincuenta. Si bien lo más probable es que nadie ganara nada con desvirtuar la verdad y por eso lo contaban todo tal cual había sido. De lo contrario, difícilmente se hubieran podido contener y se las habría visto inclinarse hacia uno u otro extremo. Pero el buen gusto impedía a las señoras del poblado colorear los hechos con tintes oscuros o exagerarlos.

Todas subrayaban la coincidencia de que «el pobrecito» había encontrado la muerte en el mismo sitio donde Mishka Lanzenger acabó con la vida de su padre. Valentina había oído contar muchas veces, tantas que se la sabía de memoria, la historia acerca de cómo dos veranos atrás, el jefe de policía del sector n.º 6 había ido con su hijo a disparar con una escopeta Melkashka, y mientras corregía la posición del frasco de vidrio que iban a utilizar como blanco, Mishka disparó y lo mató. Ahora, cada vez que contaban la reciente muerte del «pobre» Petia, las señoras del poblado no podían dejar de subrayar: «Casi en el mismo sitio...»; «exactamente en el mismo lugar, donde...»; «prácticamente en el mismo lugar...», y todo con el único objetivo de dotar a aquel detalle de escasa relevancia en cuanto a su significación práctica de cierto matiz místico, un elemento de originalidad que les era tan necesario a aquellas damas que tenían suficientes garantías tanto físicas como morales de estar exentas de cualquier peligro en esta vida, incluyendo los que carecieran de una explicación solvente. Claro que comprendo el porqué de la pasión que ponían aquellas señoras de carne y hueso en todo lo místico, lo misterioso y lo inexplicable, una pasión naturalmente inconsciente, como casi todas las pasiones, que venía dictada, en parte, por una no menos inconsciente necesidad de ostentar su

fragilidad e indefensión, y también por su deseo de recordar sus obligaciones a quienes habían asumido el deber y la responsabilidad de proteger, cobijar y proveer de sustento a aquellas criaturas indefensas, expuestas a los elementos más imprevisibles y enigmáticos.

¡Os comprendo muy bien, encantadoras señoras! ¡Vaya si os comprendo! Teníais muchas ganas de que la cosa se hubiera producido «exactamente en el mismo lugar», para convertir así aquel emplazamiento en un sitio marcado por los hados del que se podría tener un miedo real. No obstante, os traigo una mala noticia. He de haceros una precisión fundamental: a diferencia de la mayoría de personajes históricos, Petia no requiere, desde ningún punto de vista, que se tergiversen los hechos que jalonan su biografía, por lo menos aquellos poquísimos que se conocen. No hay intereses políticos, o de la más elevada moral que avalen el apego a las mentiras generadas por las mejores mentes de las señoras del poblado. Ni siquiera los intereses de la poesía lo precisan. Mishka Lazenberg dio muerte a su padre junto al Valle del Oso, mientras que Petia cayó abatido a la altura del decimocuarto arroyo, pasada ya Polyana. ¡Fijaos qué lejos! Fue más allá del enorme descampado que sube en trazo oblicuo por el Monte de la Cruz, cuya ladera oriental está encajada en el Valle del Oso, mientras que la occidental se eleva suavemente hasta la cúspide de la roma colina conocida como Ombligo de Mujer. Un nombre este último, por cierto, que poco tiene de original, si se lo compara con el de Grandes y Pequeños Karakvaiisha, lo que en finlandés o lapón significa nada más y nada menos que Grandes o Pequeñas Tetas. Así pues, no fue más allá de los almacenes de explosivos situados en el margen deshabitado